

LA REINA CAROLINA

SEGUNDA

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

PRIMERA PARTE



ABANDONO DE MORELIA

---

---

## I

Morelia en Febrero de 1867.—Evacuacion de Morelia.

Durante los primeros dias del mes de Febrero de 1867, la ciudad de Morelia, capital de Michoacan, presentaba un aspecto desusado. Los cuarteles y los antiguos conventos estaban llenos de tropas; el cuartel de artillería, donde se encontraba tambien el arsenal, era el punto en el cual se desplegaba mayor actividad; allí se construía y reparaba el material de guerra, se cargaban en carros feos, pero sólidos, municiones y armas tomadas á los disidentes, despues de numerosas victorias.

Las autoridades, por su parte, se ocupaban activamente, en las salas de la Prefectura, en hacer ingresar, lo mas pronto posible, á la caja de la intendencia militar, un préstamo forzoso que les parecia muy fuerte á los contribuyentes y le pagaban de mala voluntad.

Imperialistas y republicanos se preguntaban con inquietud lo que significaba todo aquel movimiento. Los imperialistas, abatidos, pensaban que en aquel momento se disponian á embarcarse en Veracruz las últimas tropas francesas. Los repu-

blicanos veían en la agitación febril que reinaba á su derredor, las señales precursoras del abandono de Morelia, y se regocijaban en secreto.

Faltando el apoyo de la Francia, el Imperio no contaba para sostenerse mas que con las tropas conservadoras, tan despreciadas desde fines de 1864, á pesar de su fidelidad y de sus triunfos. El Emperador Maximiliano habia cometido la imperdonable falta de descuidar la reorganización del ejército nacional, hácia el cual no podia disimular su desprecio; contaba demasiado, despues de la partida de las tropas intervencionistas, con los austriacos y los belgas. Por desgracia, las legiones austriaca y belga, tropas ménos que mediocres para sostener una campaña tan penosa como la de México, y cuyo sostenimiento habia costado, sin gran provecho, enormes sumas en los tiempos de prosperidad, se embarcaron tambien, abandonando á su soberano, luego que este se vió imposibilitado de pagarles con regularidad.

La situación en México volvía á ser la misma que ántes de la Intervención. La fusión de los partidos extremos, ese bello sueño del Emperador Maximiliano, estaba decididamente declarada imposible. Por desgracia, el Emperador habia perdido tres años tratando de atraerse al partido liberal, colmándole de elogios, de atenciones, y confiando los empleos mas importantes á enemigos que solo por su interés personal reconocían el Imperio. Para complacer mas á los liberales, ó al ménos á los que tomaban tal título, habia alejado, bajo diferentes pretextos, á todos los hombres notables del partido conservador, tales como los Sres. Almonte, Gutierrez Estrada, Miramon, Márquez, etc. Sin embargo, á última hora, cuando vió que la lucha no tenia por origen una cuestión de principios, sino de partidos, se apoyó en los que le habian llamado al trono; pero era demasiado tarde.

La guerra civil amenazaba comenzar de nuevo mas implacable que nunca.

Entretanto, vímos llegar á Morelia los restos de la guarnición de Zamora, la plaza mas importante de Michoacán despues de Morelia. Zamora habia sido atacada por todas las fuerzas liberales reunidas de Sinaloa, de Jalisco y de Michoacán. La guarnición era poco numerosa; pero el que la mandaba uno de los mejores y mas valientes oficiales de México: el coronel D. Juan Berna. Este rechazó á los liberales; pero habiéndole faltado las municiones, se abrió paso por entre los sitiadores, con la guarnición, y fué, marchando de la manera que solo los mexicanos saben marchar, á unirse á las tropas concentradas en Morelia.

En Zamora, ciudad acusada de imperialismo, los republicanos hicieron lo que hacían de ordinario en toda ciudad nuevamente ocupada por ellos. Por medio de la *leva* se apoderaron de todos los hombres capaces para aumentar sus batallones. Impusieron á los ricos y á los comerciantes multas y préstamos forzosos para procurarse dinero. Las requisiciones los proveyeron de armas, caballos y víveres.

« Quien quiere el fin quiere los medios. » Tal es el lema de los partidos en México, lo mismo que en todas partes. Este axioma hizo triunfar fácilmente al partido juarista.

Sin embargo, en medio del desastre general, la toma de Zacatecas por Miramon hizo renacer un poco la esperanza entre los imperialistas.

El general Mendez aguardaba á las fuerzas republicanas, al mando de Corona y de Régules, cuya aproximación se anunciaba, cuando recibió la noticia de la derrota del general Miramon en San Jacinto, seguida casi inmediatamente de la orden de replegarse á Querétaro, orden que reservó hasta el momento de nuestra partida. No obstante, el 12 de Febrero compren-

dimos que estábamos en vísperas de evacuar Morelia. En efecto, al día siguiente 13, por la mañana, todas las tropas estaban escalonadas en la plaza principal y en las calles adyacentes. El general Mendez se presentó en medio de nosotros, y dirigiéndose á sus soldados, en una improvisacion valiente y ardorosa les dijo que el Emperador los llamaba á su lado; que abandonaban Michoacan como vencedores y en virtud de circunstancias independientes de su voluntad, pero que esperaba volver muy pronto con ellos. En esa arenga, que nuestro valiente jefe pronunció con voz estentórea, nos manifestó todo el dolor que experimentaba al evacuar Morelia ante un enemigo que no se atrevia á mostrarse y al que raras veces se lograba dar alcance aun despues de una persecucion encarnizada.

Es inútil decir que sus enérgicas palabras hallaron eco en nuestros corazones. Lo que le pasaba al general Mendez nos pasaba á todos. Abandonábamos la ciudad contra nuestro gusto. En los balcones, muchas mujeres lloraban, y una parte de la poblacion parecia consternada.

Nuestras tropas, cuyo núcleo se componia de los restos de la antigua division Márquez, adherida á la Intervencion francesa, operaban en la provincia desde 1863 y habian conquistado la estimacion de todos los habitantes, por su valor y por su disciplina.

El general Mendez y su escolta fueron los últimos que abandonaron la ciudad á los gritos de—¡Viva el Emperador! Nosotros contestamos con gritos no ménos entusiastas, aclamando á nuestro valiente general, que era nuestro ídolo hacia mucho tiempo.

Los republicanos se guardaron muy bien de dar señales de vida. Uno solo, viendo que se alejaba la escolta del general, gritó:—¡Viva la libertad! Habria sido mejor para él callarse, ó por lo ménos aguardar, para ultrajarnos, á que la escolta

se hubiese alejado enteramente, porque habiéndole oido un soldado de caballería, volvió á galope, y le partió la cabeza de un sablazo.

Despues de nuestra partida, la ciudad permaneció algunas horas sin autoridades. El comercio se armó, pero inútilmente. Digámoslo en honor de la poblacion: no se cometió ningun exceso. Los revoltosos, conducidos por los calaveras del lugar, se conformaron con romper á pedradas los cristales de la casa de la señora Roman de Malo, dama de honor de la emperatriz Carlota, y con pedir la aprehension de las gentes comprometidas que se habian atrevido á permanecer en la ciudad.

¡La propiedad respetada en una ciudad abandonada por sus autoridades! He ahí lo que varias veces hemos visto en México, y que habla en favor de los buenos sentimientos del pueblo mexicano.

## II

La brigada Mendez.—La 8.<sup>a</sup> bateria de artillería.

La division Mendez, como la llamaban pomposamente los imperialistas, se componia de los mejores cuerpos indígenas del ejército imperial. El uniforme no era de lo mas brillante, sobre todo el de la caballería, á causa de las continuas expediciones emprendidas por el general Mendez, que no dejaban descansar á las tropas, y de la irregularidad con que se les pagaba el sueldo á la conclusion del Imperio; pero la division tenia un aspecto marcial, decidido. Si el hábito no hace al monje, hace mucho ménos al soldado. Sin embargo, preciso es confesarlo, el uniforme de las tropas, en general, no habria servido de recomendacion á los ojos de las gentes, desgracia-

damente demasiado numerosas, que todo lo juzgan por las apariencias.

Los cuerpos de que se componia la division eran los siguientes:

El batallon del Emperador, cuerpo excelente, organizado por el general Mendez, que habia sido su coronel en otro tiempo, y del que no queria separarse. Por lo demas, aquel cuerpo merecia perfectamente la reputacion de que gozaba. Todos los combates en que habia tomado parte se habian convertido en victorias, y si alguna vez sufrian un reves las tropas imperiales, la casualidad hacia que ningun destacamento de este batallon formase parte de ellas.

Despues del batallon del Emperador seguian los de Iturbide, los 3º y 12º de línea, y el batallon de milicia de Zamora. La caballería comprendia los regimientos 4º y 5º de lanceros, algunos escuadrones irregulares de guardias rurales, y en fin, la 8ª batería de artillería.

El batallon del Emperador era muy superior á los demas y tenia excelentes oficiales. El Emperador Maximiliano habia reglamentado su uniforme. Este uniforme, cómodo en campaña, era de muy mal gusto: blusa encarnada, pantalon verde con franja encarnada, botines blancos y quepí. En campaña, los soldados no usaban zapatos, sino guaraches, especie de sandalias nacionales. En la estacion de las lluvias simplificaban todavia mas el trage de camino, quitándose el pantalon, que ponian en su mochila; y remangándose su ancho calzon mexicano, á la manera de los pescadores napolitanos, marchaban con los piés desnudos por entre el lodo y el agua.

Pocas tropas son capaces de emprender marchas tan largas y tan penosas como las que hacian constantemente nuestros infantes.

He dicho que el uniforme era de muy mal gusto; su intro-

duccion habia encontrado gran resistencia entre nosotros: el color de la blusa inspiraba una verdadera repulsion. El coronel Farquet decia que preferia vestir á sus expensas á todo su cuerpo, á verle llevar la blusa roja. Casi era el uniforme de los republicanos, y se creia ver en esto una concesion mas hecha por el Emperador á estos últimos, concesion que heria profundamente á todos los soldados viejos, que habrian preferido, como en otro tiempo, uniforme á la francesa. Algunos batallones, sin embargo, no tenian aún ese uniforme aborrecido y no parecian muy dispuestos á adoptarle.

El 5º regimiento de caballería estaba bien montado y tenia mejor apariencia que el 4º. Este último habia sido remontado muchas veces; pero las largas marchas, las correrías incesantes por todo el país, así como el poco cuidado que los soldados tenian con sus monturas, maltrataban muy pronto los mejores caballos. No he visto mas que un solo regimiento verdaderamente bien montado en el pequeño ejército imperial; era el de los dragones de la Emperatriz; pero tambien los soldados de ese bello cuerpo cuidaban extraordinariamente sus monturas.

La 8ª batería de artillería habia sido formada primitivamente en México con el nombre de batería modelo, y enviada despues á Michoacan. El general Courtois d'Hurbal, que mandaba en aquella época la artillería del cuerpo expedicionario, se interesó por ella. El trabajo que se tomó el hábil general para organizarla, no fué perdido, porque, despues de tres años de campaña, en Querétaro estaba todavia en bastante buen estado para llamar la atencion del Emperador, que la agregó á su brigada de reserva, brigada compuesta de sus mejores tropas y cuyo mando se habia reservado.

El capitán primero era D. Antonio Salgado, uno de los oficiales mas distinguidos del ejército mexicano; pasaba por muy

afrancesado; la disciplina y la organizacion del ejército frances hacian su dicha; la costumbre de hablar nuestro idioma habia llegado á ser en él una verdadera necesidad; por otra parte, le poseia admirablemente y le hablaba con pureza extraordinaria. Severo y muchas veces injusto para con sus inferiores, duro para consigo mismo, instruido y muy estudioso, hallaba en su amor propio un valor tan noble como grande. El capitán Salgado, oficial de artillería por vocacion, era un verdadero soldado en toda la acepcion de la palabra, y gozaba de toda la confianza del general Mendez. Sufria de una hipertrofia del corazon, cuyo desarrollo le condujo al sepulcro. Fué herido en Querétaro, donde se condujo noblemente.

El segundo capitán, D. Luis Muñoz, era un viejo soldado, tipo completo de subordinacion, de probidad y de valor.

Los oficiales subalternos eran el teniente Romualdo Guerra y Manzanares, jóven encantador y excelente camarada, hijo de un general español al servicio de los vireyes, que habia ayudado á Iturbide á hacer la independenciam y á elevarse al trono. Músico por instinto, Guerra tocaba admirablemente el piano y la guitarra sin saber leer una sola nota; la guitarra, sobre todo, era su instrumento favorito. Le he visto, en un concierto, entusiasmar con su talento á la mejor sociedad de Morelia y ser objeto de una verdadera ovacion.

Guerra tenia tambien una manía ménos divertida que su guitarra: hablar con mucha frecuencia de ciertos pergaminos de familia, que probaban plenamente su descendencia en línea recta de los vizcondes de Manzanares emigrados á la Nueva España, como se llamaba á México en otro tiempo.

Los títulos de nobleza son raros en México, y están abolidos hace mucho tiempo. Sin embargo, los titulares, gentes muy ricas por lo regular, todavía los usan. El Imperio no habia restablecido esos títulos, pero eran aceptados en la Corte.

Correa y yo éramos los otros dos oficiales subalternos. Correa, muchacho valiente que habia salido del Colegio militar de Chapultepec en tiempo de la presidencia de Miramon, fué el que la muerte escogió de entre nosotros. Pereció el dia de la entrada de los republicanos á Querétaro; sorprendido al alba en su puesto por una tropa de disidentes conducidos por López, no quiso rendirse y cayó, herido en el pecho por una bala.

Entre los suboficiales y los artilleros se encontraban muchos veteranos que habian servido en la famosa brigada de artillería á caballo de la guardia del general Santa-Anna, á quien todos los soldados de su época dan todavía el título de *Su Alteza*, hablando de él con respeto. Recordaban la solitud de ese famoso presidente por el ejército y el lujo con que sostenia la guardia presidencial. Algunos habian hecho la guerra de 1846-47 contra los americanos, y los que fueron heridos en ella estaban orgullosos de sus gloriosas cicatrices.

Yo queria mucho á aquellas buenas gentes. El soldado mexicano es dulce, humilde y servicial; desprecia la muerte y soporta las fatigas y las privaciones con un estoicismo increíble. Adicto á sus oficiales cuando le tratan bien, está dotado de una obediencia pasiva y ejemplar.

El efectivo de nuestra brigada ascendia á cerca de cuatro mil hombres. Esta brigada era, despues de la derrota de Miramon en San Jacinto, la tabla de salvacion del Imperio, y manifestaba lo que se habria podido hacer con las tropas indígenas si se hubiera cuidado un poco de su organizacion desde la instalacion de la Regencia.

Como principales gefes, teniamos: el comandante de estado mayor Loaiza; el coronel Santa Cruz, andaluz de Cádiz, mandaba el 4º regimiento de caballería. El coronel Vera mandaba el 5º regimiento de la misma arma, que tenia por teniente

coronel á Macario Silva, el ginete mas famoso de la brigada, y cuyo valor habia llegado á ser proverbial. Sus terribles lanzadas le habian granjeado una reputacion famosa, aun entre los republicanos. Leyendo colecciones de sus periódicos de años atrás, he visto anunciada muchas veces la muerte de Macario Silva, como un plausible acontecimiento.

La infantería estaba al mando del coronel Farquet y de los tenientes coroneles Juan de Dios Rodriguez, Redonet, Madrigal y Juan Berna. El coronel Redonet, que ha representado un papel importante en los acontecimientos de Querétaro, es de Veracruz y de origen frances. D. Juan Berna, ligado con el general Mendez por la mas desinteresada y mas íntima amistad, era un veracruzano de origen helvético. Su padre, nacido en España, era hijo de un oficial de la guardia suiza, y fué á México en calidad de oficial de artillería en tiempo de los vireyes. El teniente coronel D. Juan Berna habia conservado el tipo aleman con todo el valor y toda la lealtad de sus antecesores.

Sorprende ver el número de hombres que de la pequeña ciudad de Veracruz han salido á la escena política, desde los primeros tiempos de su Independencia. El partido liberal, sobre todo, le debe sus principales caudillos. Morelia participa de este privilegio con Veracruz.

El comandante de ingenieros, D. Francisco Troncoso, veracruzano tambien, habia sido hecho prisionero en Puebla y conducido á Francia; como otros muchos oficiales mexicanos, conservaba los mejores recuerdos de su cautividad y de la manera con que habia sido tratado.

Haber estado en Francia, en calidad de prisionero de guerra, era reputado como un favor del destino por la mayor parte de los oficiales. No debe olvidarse que reinan en México nuestros libros, nuestras costumbres, nuestras modas y nuestro sistema de educacion.

Casi todos los bravos oficiales que acabo de nombrar iban á la muerte.

El general Mendez, Farquet, Loaiza, Santa Cruz, Ceballos, Rentería y un gran número de subalternos encontraron en Querétaro una muerte gloriosa; pero al ménos no tuvieron el dolor de ver al Emperador conducido al suplicio, ni que soportar las humillaciones impuestas por los republicanos.

El teniente coronel del batallon del Emperador, D. Juan de Dios Rodriguez, y el comandante Salazar, del 4º de lanceros, fueron gravemente heridos.

No se concibe de cuánto heroismo dieron pruebas los imperialistas mexicanos durante la defensa de Querétaro. ¡Qué desgracia que entre tantos valientes se haya encontrado un miserable!

### III

Primer dia de marcha.—Deserciones.—Indaparapeco.—El teniente coronel Pineda.—Fusilados.

La primera jornada fué penosa. Embarazaban la marcha de nuestra columna un gran convoy y una multitud de empleados civiles, de gentes comprometidas por sus opiniones, de comerciantes y de viajeros, que imaginándose que íbamos directamente á México, querian aprovecharse de nuestra escolta. Los malhechores de la cárcel formaban tambien parte del convoy. Se veia ademas un gran número de carruajes que conducian á las familias de los emigrados y de los oficiales. Estos, creyendo que la guerra seria larga, las llevaban á la capital para no estar separados de ellas por mucho tiempo como en otras épocas.